

Carta del Card. Mario A. Poli a los catequistas

Sábado, 21 de agosto de 2021
Memoria de San Pío X

Muy queridos catequistas:

Mi imaginación vuela y pienso que estas palabras les llegarán en medio de la trama de la vida cotidiana o, tal vez, ejerciendo el bendito ministerio que han asumido con generosidad y dedicación. No hace mucho comparé al catequista con la imagen de un sembrador, que en cada encuentro con sus catecúmenos deja caer la semilla de la Palabra en el corazón, la memoria, la imaginación y la inteligencia, ya sea de niños, jóvenes o adultos, confiando al Espíritu Santo su fecundidad al debido tiempo, como nos enseña la parábola del sembrador (Mt 13, 1-23).

Esta vez quiero referirme al vínculo que ustedes establecen con los destinatarios de la catequesis. Todos guardamos en el santuario de la memoria a quienes nos transmitieron las enseñanzas de Dios, los que nos exhortaron a poner nuestro corazón en las cosas del Cielo. Yo también guardo especial gratitud a una hermana de nombre Amalia Pacheco Alcón, religiosa de las Auxiliares Parroquiales, quien nos esperaba con alegría para prepararnos a la Primera Comunión en la parroquia Nuestra Señora de la Salud, del barrio de Versalles.

Cómo olvidar a los que nos invitaron a poner los ojos fijos en Jesús y prestar los oídos a sus enseñanzas, sus milagros, su modo de amar y perdonar. Cómo nos sentíamos atraídos por el Cristo Resucitado que nos ama, o cómo lo dice tan lindo el Papa Francisco: «Ante todo quiero decirle a cada uno la primera verdad: “Dios te ama”. Si ya lo escuchaste no importa, te lo quiero recordar: Dios te ama. Nunca lo dudes, más allá de lo que te suceda en la vida. En cualquier circunstancia, eres infinitamente amado»^[1].

Mientras guardábamos en la memoria las imágenes de las parábolas, sin darnos cuenta, iba creciendo en nosotros una idea de pertenencia a un pueblo, a la Iglesia de Jesús. Hoy distinguimos en los recuerdos que los catequistas que tuvimos en nuestra infancia no representan un docente más en nuestra vida, sino que hubo algo distinto que nos atraía de sus personas, y pienso que era su fe y esperanza, que junto a una delicada caridad, nos transmitían con palabras y gestos. Creían y enseñaban lo que vivían.

Los catequistas son personas comprometidas de la comunidad parroquial o educativa; son cristianos muy discretos, y ha de ser por eso que no figuran en podios olímpicos ni participan de medalleros de metal. Ellos ocupan el mejor lugar en el corazón agradecido de los que recibieron el testimonio de su vida, las enseñanzas de sus buenas y verdaderas palabras que nos ayudan a compartir lo que gratuitamente nos donaron.

Algunos hemos tenido la dicha de encontrarnos con ellos en la peregrinación de la vida y hasta los hemos encomendado en su pascua. A mí me ocurre que pienso en ellos cuando me sale al paso la sentencia de la Carta a los Hebreos: «Acuérdense de quienes los dirigían, porque ellos les anunciaron la Palabra de Dios: consideren cómo terminó su vida e imiten su fe» (13,7).

El cariño y la confianza que despiertan los catequistas, no pocas veces derivó en que fueran elegidos como padrinos de los sacramentos de la iniciación cristiana; entonces, al vínculo cordial y afectivo se sumó el espiritual que dura la vida entera.

Les dejo un «deber para la casa»: tómense un tiempo y hagan memoria agradecida de quienes los iniciaron en los misterios de nuestra fe, y si quieren honrarlos, sigan el consejo de Pablo a Timoteo: *«Permanece fiel a la doctrina que aprendiste y de la que estás plenamente convencido: tú sabes de quiénes la has recibido»* (2 Tm 3,14).

Yo haré otro tanto dando gracias a Dios por todos los catequistas que coronaron la obra evangelizadora desde la creación de la diócesis de la Santísima Trinidad del Puerto de los Buenos Aires (1620) hasta hoy. Celebrando su día, los encomendaré en la Santa Misa a los que fueron llamados a la eternidad, para que descansen en paz y contemplen lo que enseñaron y vivieron; y a los que caminan en la Iglesia peregrina, para que sean felices y tengan una bella vida.

A todos los abrazo de corazón, y que Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, los bendiga y consuele.

¡Id a José!

+ Mario Aurelio

¹¹ Exh. Apost. *Christus vivit*, 112.